

## ROMANCES (II)

Daniel Serrano Várez

Continuamos con nuestro propósito de dar a conocer los romances que hemos recopilado, cuya publicación iniciamos en el número 18 de nuestra revista Cangilón.

*Habitaba un matrimonio  
en el pueblo  
de Tortosa  
llamados José Gamero  
y María Martosa.  
Por su desgracia o fortuna  
sólo una hija tuvieron.  
Los pobres lloran de gozo  
y el nombre de Elvira  
a la nacida le pusieron.  
Era guapa y hermosa  
y su carácter parecía  
como la leche y la rosa.  
Tenía diecinueve años  
esta doncella inocente  
y en cuestión de  
casamiento  
la pretendió un estudiante  
que, ingrato, la engañó.  
Llegó la hora y la chica  
un niño desocupó.  
La joven avergonzada  
de ver lo que pasó  
dejó a su hijo en la cuna  
y por la noche se marchó.  
Otro día de mañana  
los abuelos se levantaron.  
Fueron a ver a su hija  
y al niño sólo encontraron.  
Echaron requisitorias  
y sin poderla encontrar,  
su padre y su madre  
no hacían más que llorar.  
( )  
de mamar muchas mujeres  
le daban,  
y sus abuelos de noche*

*se lo acostaban.  
Cuando llegaron las  
quintas  
el a su suerte jugó  
y para su desgracia  
a Melilla le tocó.  
En un fuerte combate,  
que ustedes recordarán,  
le cogieron prisionero  
y a una casa de campo  
le llevaron juntamente  
con dieciocho compañeros.  
Sólo dos moras había  
y eran las dos las mujeres  
de un par de cabecillas  
y tenían dos correas,  
muy bien preparadas  
llenas de pinchos y púas  
y con ellas les pegaban.  
Una de aquellas moras,  
de tan malos sentimientos,  
ver pegar a los soldados,  
era su divertimento.  
La otra se retiraba  
por no sentir los lamentos.  
En el sitio que ocupaba,  
el agua estaba manando  
y con ella les limpiaba  
la sangre que les corría  
por la espalda y el  
costado.  
En cuánto los despojaron,  
la morita se fñjaba,  
en la señal de un soldado,  
que en la espalda llevaba.  
Recibió un gran sobresalto  
y al mismo tiempo alegría,*

*porque aquellas iniciales  
bien presentes las tenía.  
El soldado, despidiéndose  
del mundo,  
estas palabras decía:  
Adiós pueblo de Tortosa.  
Adiós para mis abuelos.  
Adiós mis queridos padres,  
por vosotros rogaré,  
la salud donde me halle.  
Al oír estas palabras  
la mora le preguntó:  
Muchacho ¿cómo te  
llamas?  
Me llamo José Gamero,  
y fui criado en Tortosa,  
en casa de mis abuelos.  
¿Tus padres cómo se  
llaman?  
Mis padres no lo se,  
pues a mi querida madre  
no la pude conocer.  
Sólo tengo un apellido,  
pues el otro es de padre  
desconocido.  
Al decir estas palabras,  
la madre lo abrazó,  
diciendo: Yo soy tu madre,  
hijo de mi corazón.  
Si eres fiel para mí,  
por la intención que llevo,  
dentro de bien poco tiempo  
a España volveremos.  
Cuando su marido estaba  
en un profundo sueño,  
la mora se levantó  
y a todos preparó.*

La mitad se pasaron  
 donde estaba su marido,  
 los otros a la otra mora,  
 con el otro compañero,  
 y se tiraron a ellos  
 como leones hambrientos.  
 Se disfrazaron de moros,  
 por si acaso los veían  
 que no fueran conocidos.  
 Cuando llegaron a España,  
 la mora se fue delante,  
 a pedir una limosna  
 en casa de su padre.  
 Llorando salió la anciana.  
 ¿Por qué llora usted  
 abuela?  
 Tengo mucho que llorar,  
 por una hija y un nieto,  
 que no sé dónde estarán.  
 La mora se le abrazó,  
 diciendo: Yo soy tu hija.  
 ¡Madre de mi corazón!  
 También le traigo a su  
 nieto,  
 que de mi entraña nació.

### LA LAVANDERA

Había una lavandera  
 muy devota de las ánimas,  
 que antes de irse a lavar,  
 una estación les rezaba.  
 Disfrutaba de salud  
 esta fiel devota,  
 le lucía el dinero  
 que ganaba en la ropa.  
 Tenía mucha parroquia,  
 porque lavaba muy bien,  
 todas le daban la ropa,  
 porque era curiosa y fiel.  
 Todas las mañanas,  
 a la iglesia iba,  
 y por las ánimas penosas,

una misa oía.  
 Se enteró el Gobernador,  
 que la tenían por santa,  
 y la ha mandado llamar,  
 que se presente sin falta.  
 Y le ha dicho así:  
 cómo así puedes engañar.  
 Puesto que eres tan santa,  
 yo quiero ver tus milagros.  
 Te has de llevar esta ropa,  
 la has de traer a las  
 cuatro,  
 y si no es así pagarás  
 al instante,  
 diez pesetas de multa  
 y un año de cárcel.  
 Yo soy una pecadora  
 y no puedo hacer milagros,  
 cuando menos con la ropa,  
 lavarla en tan poco rato:  
 son las once y media,  
 faltan cuatro horas,  
 podéis castigarme  
 o hacer lo que quieras.  
 Oyó una voz que le dice:  
 agarra la ropa y ven.  
 Ella volvió la cabeza,  
 pero a nadie pudo ver.  
 Agarra la ropa y se la llevó  
 y al entrar a su casa  
 esta palabra le salió:  
 Ánimas, sois mi  
 esperanza;  
 esta devota os reza,  
 el alma más solitaria,  
 venga en mi auxilio  
 y me saque de penas.  
 Se quedó dormida,  
 haciendo oración,  
 cosa de ..... se  
 despertó.  
 En qué afrenta me voy  
 a ver,

en una cárcel metida  
 y fijándose en la ropa,  
 vio que estaba limpia.  
 A las cuatro en punto,  
 marcha esta devota  
 a casa del Gobernador,  
 a llevarle la ropa.  
 Os llamo a todos,  
 para que veáis castigar  
 a una insolente  
 que lleva engañado al  
 pueblo entero.  
 ¡He de castigarla! ¡Eso es  
 lo que quiero!  
 Vucencia, ha traído  
 la ropa.  
 Dile que pase.  
 Ante la presidencia  
 extiende la ropa  
 y sale el retrato de su  
 padre,  
 sacado del purgatorio,  
 con un letrado que dice:  
 Hijo, no seas tan malo,  
 que a la que quieres  
 castigar,  
 del fuego me ha salvado.  
 Ahora, si tú no te quieres  
 condenar,  
 dale a esa mujer todo  
 tu caudal.  
 Ánimas benditas, humildes  
 de caridad,  
 sacarlas del purgatorio  
 y llevarlas a descansar.

### EL VEINTICINCO DE MAYO

El veinticinco de mayo,  
 señores, voy a explicar,  
 que un novio mató a la  
 novia

por no salir a bailar.  
 Como era tan bonita  
 le tiraban los sombreros.  
 Antonio se lo tiró  
 y no quiso recogerlo.  
 Dijo: a la salida del baile  
 me la tienes que pagar;  
 te he de cortar la cabeza  
 y la mano principal.  
 Al día siguiente  
 Antonio se levantó  
 se fue a casa de la novia  
 a cogerla .....  
 Al llegar a la casa  
 ella se estaba peinando.  
 Retírate de aquí Antonio  
 que puede venir mi  
 hermano.  
 Se quita la chaqueta  
 y saca el puñal,  
 la tiró sobre la cama  
 y le dio tres puñalás.  
 A las cinco en punto  
 su hermano fue a  
 merendar.  
 ¿Quién ha sido el asesino?  
 ¿Quién ha sido el criminal?  
 Si ahora lo cogiera  
 lo cosía a puñalás.  
 La viste de raso blanco  
 como si fuera una novia  
 la llevan al campo santo  
 para que le hagan  
 la autopsia.  
 Llamaron a Antonio  
 por ver si la conocía.  
 ¿No la voy a conocer  
 si ha sido novia mía?  
 Que me peguen cuatro  
 tiros,  
 que me caigan siete rayos,  
 que yo he sido el criminal  
 que a mi novia he matado.

### MARIANA

Era una joven Mariana,  
 por apellido Muñoz,  
 era moza de servicio,  
 con mucha honra y honor.  
 Ella era cocinera  
 y la querían muy bien,  
 en casa de un matrimonio  
 que eran marquesa  
 y marqués.  
 La comida que allí  
 sobraba,  
 ella, a su madre se la  
 llevaba,  
 y ella el lujo no lo gastaba,  
 para que a su madre  
 no le faltara.  
 Los criados que tenían  
 los señores en la casa,  
 a la señora marquesa  
 le quitaron las alhajas,  
 y cosas de gran valor,  
 las echan de menos sin  
 detención.  
 Registraremos la casa  
 por si algo más faltara.  
 Al levantar los colchones,  
 se encontraron las alhajas.  
 ¡Ya has caído, perra  
 malvada!  
 y ahora todas juntas  
 vas a pagarlas.  
 La metieron a la cárcel,  
 sin ninguna atención.  
 ¿Quién habrá robado  
 las alhajas,  
 para que lo pague yo?  
 Andad ligero y echadle  
 causa,  
 que mi dinero todo lo  
 alcanza.  
 A los veinticuatro días  
 ya le salió la causa,

pena de la muerte  
 tiene la pobre Mariana,  
 pero a su madre,  
 que se ha enterado,  
 hablar con ella,  
 no la dejaron. El corazón  
 quebranta el llanto;  
 eso mi hija no lo ha ideado.  
 Se ha postrado de rodillas  
 y le echó una maldición,  
 al que robó las joyas  
 para que lo pague yo.  
 ( )  
 Ibas a morir sin culpa  
 y bien lo puedes perdonar,  
 cuando nosotros muramos  
 para ti será el caudal  
 y con nosotros siempre  
 estarás.

Había un matrimonio  
 que vivía en Antequera  
 y tenía una hija,  
 que era doncella y  
 cristiana;  
 y todas las mañanas  
 oía misa con alegría  
 y de modo,  
 creía en Jesús y en María  
 y en San Antonio.  
 Sus padres eran herejes;  
 la maltrataban  
 y le daban golpes  
 y la pelaban y le arañaban  
 la cara  
 y ella decía llorando:  
 que padres tan herejes  
 tengo.  
 Un día, en la mañana,  
 se fue a la iglesia,  
 a visitar a San Antonio  
 y a darle quejas, diciendo:

mira como me han puesto  
 mis padres,  
 pelada, arañada la cara  
 y maltratada.  
 ¡Toda llena de vida  
 y ensangrentada!  
 Entonces San Antonio  
 que supremo .....  
 devuelve a su devota  
 su hermoso pelo, su  
 blancura,  
 su hermosura tan bella,  
 que decían sus padres  
 que no era ella.  
 Mírenme padres míos,  
 que si ustedes me  
 extrañan,  
 miren que soy la hija  
 nacida de sus entrañas.  
 Soy la más protegida  
 del milagro que San  
 Antonio  
 ha obrado amoroso,  
 devolviéndome mi pelo.  
 ¡Santo Glorioso!  
 Desde entonces sus padres  
 cristianos fueron,  
 la ley de Jesucristo  
 siempre siguieron.

Dame Jesús la gracia que  
 te pido,  
 ilumina mi pobre  
 entendimiento,  
 para que mi lengua pueda  
 referir,  
 en esta casa, la gloria que  
 pretendo.  
 Que diré de María,  
 que es nuestra Madre,  
 la elegida entre las  
 mujeres;

y mis labios son pobres  
 para implorar lo inmensa  
 que Tú eres.  
 Qué diré de José, tu casto  
 esposo,  
 el alhelí florido en todo  
 tiempo,  
 el padre amado de Jesús,  
 alabado en el templo.  
 Un señor, don Juan de  
 Lara,  
 y una esposa que tenía  
 se llamaba doña Laura:  
 al mes de ser esposado  
 recibe una carta,  
 que se pusiera en camino  
 que era cosa de  
 importancia,  
 que estaba su padre  
 muy enfermo y en la cama  
 y tenía una herencia  
 mucho grande.  
 Allí estuvo ocho meses  
 y a los ocho meses volvió  
 a su casa  
 y encontró a su mujer  
 a punto de dar a luz.  
 ¡Quítate, perra judía!  
 ¡Quítate, perra malvada!  
 No te mato porque  
 entonces  
 es quitarle a Dios un alma  
 pero cuando des a luz  
 te he de dar la muerte  
 amarga.  
 Ya llegó la hora del parto,  
 a las dos de la mañana,  
 y llegó el marido  
 con una daga  
 desenvainada  
 y la tiró sobre el pecho;  
 la daga se le quebraba  
 como si diera en bronce.

Y entonces dice:  
 San Antonio ven a esta  
 casa deseo  
 y entonces se presentó un  
 caballero,  
 No extrañéis caballero  
 que esta visita os haga,  
 me he enterado que su  
 mujer  
 está muy enferma, en  
 cama,  
 y de la muerte cercana.  
 Me traerá usted su niño.  
 La señora se lo larga.  
 Dios te guarde hermoso  
 niño.  
 Dios te guarde hermosa  
 dama.  
 Vengo a hacerte una  
 pregunta  
 y no me has de negar  
 nada.  
 Me dirás quién son tus  
 padres.  
 Y entonces el crío  
 dice recién nacido:  
 mi padre don Juan de  
 Lara  
 y mi madre bien sabéis  
 que se llama dona Laura.  
 Yo me llamaré Antonio  
 y nadie pondrá  
 repugnancia.  
 Entonces el padre se  
 arrodilló  
 y dijo que había traído  
 mucho dinero  
 y le daba de comer a  
 todos los pobres  
 tan sólo por saber que  
 era su padre.  
 Y vivieron felices.